

Medellín 1880-1930:

los tres hilos de la modernización

Publicado originalmente en la revista número 37 de septiembre de 1997

Jorge Orlando Melo

(Colombia, 1942 - v.)

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia. Master of Arts, Latin American History de la Universidad de Carolina del Norte y estudios de Historia Latinoamericana en la Universidad de Oxford. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad del Valle, la Universidad de los Andes, la Universidad Duke y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Quito. Ex Consejero Presidencial para los Derechos Humanos y ex Consejero Presidencial para Medellín. Fue director de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Miembro de varios consejos de redacción, directivo de varias fundaciones culturales y científicas. Acreedor de varios premios y condecoraciones. Conferencista, ensayista, autor de varios libros, prólogos, columnas de prensa y artículos.



Resumen

El filósofo e historiador Jorge Orlando Melo narra, describe y analiza la constelación de factores que conformaron el llamado proceso de modernización imitativa de las ciudades colombianas; destaca, en dicho marco de análisis, la experiencia singular de la transformación de Medellín en el medio siglo que refiere el título. La riqueza de contenidos sociológicos se alterna con los discursos y narrativas provenientes de la literatura. El centro de atención es el análisis del proceso de educación para la vida urbana, la identificación de los medios y contenidos simbólicos de dicha educación y, de manera singular, el papel cultural que cumplió la literatura en la caracterización, descripción y la formación del gusto, los hábitos, las costumbres y los lenguajes de una selecta clase social, en contraste con las estrategias discursivas de educación de las masas a través de medios institucionalizados como la escuela y la religión. La vigencia histórica de esta perspicaz mirada sobre Medellín es la que ha motivado la inclusión del artículo en el presente número de la *Revista de Extensión Cultural*.

Palabras clave

Vida urbana, literatura, discursos modernizadores, educación de masas.

Urbanidad y procesos “civilizatorios”

Este trabajo, a pesar de su título, y es la primera advertencia que debo hacer, se centra en la experiencia de Medellín entre 1880 y 1930, cuando la ciudad pasó

aceleradamente de ser un pequeño centro comercial y administrativo a verse a sí misma como una ciudad moderna, industrial y progresista. Su proceso fue paralelo al de otras ciudades colombianas, como Bogotá, Cali, Barranquilla o Manizales, que se transformaron también durante estos años, con ritmos a veces muy diferentes y con un aparato de representaciones y formas de sensibilidad también distintos. Las comparaciones entre estas experiencias deben hacerse para evitar subrayar rasgos excepcionales inexistentes, pero también para evitar encontrar cambios similares en ciertos elementos, en especial los que tienen que ver con las estructuras físicas. Las culturas urbanas fueron, en mi opinión, más diferentes que los procesos de desarrollo de los servicios públicos o que las transformaciones de indicadores sociales mensurables, como el crecimiento de la población o el cubrimiento del sistema escolar. Esas diferencias en las culturas urbanas se prolongan en muchos casos hasta hoy, y algo tienen que ver con las dificultades concretas con las que nuestras ciudades asumieron esa modernización imitativa de los primeros cincuenta años de este siglo, y al enfrentamiento a la crisis del optimismo progresista en los últimos veinte años. Y lo que lamento de no ampliar las comparaciones entre las ciudades colombianas es aún más pertinente con respecto a la necesaria comparación con los procesos de la modernización y la civilización de las ciudades latinoamericanas.

Entre 1880 y 1930 Medellín vivió un periodo de cambio que percibimos hoy como inusitadamente concentrado y rápido. Don Luis Ospina Vásquez fue quizá quien primero llamó la atención, en su libro de 1954, sobre esa década un poco delirante y llena de quimeras literarias y progresistas de 1890, retomadas ahora por Jorge Alberto Naranjo, en el campo de la historia literaria, como los años en que el relato antioqueño alcanzó su madurez inicial. Lo escrito sobre esos años de la ciudad, entre tanto, se ha vuelto inmenso y la historia de Medellín, en todas sus facetas, es uno de los deportes locales de más frecuente práctica. En el breve texto no trataré de responder a los interrogantes que hoy se plantean los historiadores acerca de las

causas del rápido desarrollo económico de la región, ni evaluar y poner en su justo término las descripciones sobre su progreso o su tradicionalismo, su democracia o su exclusivismo. Me limitaré a seguir tres hilos, con la idea de que de alguna manera se entrelazan en forma que hasta ahora no se ha destacado. Los tres hilos son el desarrollo de una imagen de ciudad moderna y los esfuerzos para poner en práctica, en forma planeada, unos ideales de vida urbana; el proceso por el cual se intentó educar a la población para esa vida urbana (y el “se” apunta a un sujeto probablemente inexistente, o al menos múltiple) y a la forma como la literatura trató de encontrar su punto de inserción en esa ciudad en proceso de modernización y civilización: cómo trató, por una parte, de encontrar, cada día en forma más difícil, su puesto en una ciudad que en la medida en que progresaba empezaba a romper con su inicial fascinación con la letra, y la forma como vio ese proceso de modernización y civilización.¹ Son tres discursos que encontraron su expresión en algunas obras paradigmáticas. Ricardo Olano, empresario en finca raíz, industrial y promotor del desarrollo urbano de la ciudad, nos ha dejado, fuera de algunos cuentos, varios volúmenes de diarios en los que consigna la visión progresista y utilitaria que se encarnó en la Sociedad de Mejoras Públicas (SMP) y en la revista *Progreso*, que dirigió durante muchos años. Tomás Carrasquilla, de *Frutos de mi tierra* a *Grandeza y Ligia Cruz*, dejó en sus novelas urbanas el texto de un irónico entusiasmo por el progreso y una sátira a la simulación que parecía venir inevitablemente con el crecimiento de la ciudad. Tulio Ospina Vásquez escribió, en 1910, el *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen gusto*,

¹ Estos discursos se encuentran en la base de trabajos especializados de diversos autores. Catalina Reyes, en *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930* (Bogotá, 1966), y Patricia Londoño, han destacado y analizado los textos de los manuales de urbanidad; Fernando Botero y Verónica Perfetti han trabajado exhaustivamente los programas de desarrollo urbano, Jorge Alberto Naranjo ha empezado a desenterrar la inmensa producción literaria del siglo pasado y comienzos del presente y Alberto Mayor, en su libro ya clásico sobre la *Escuela de Minas. Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (Bogotá, 1989), desarrolla en detalle y en clave weberiana el proceso de disciplinamiento de los sectores obreros. Fabio Botero Gómez, en *Un siglo de historia de Medellín* (Medellín, 1995), ofrece una visión sorprendentemente amplia y rica de los procesos culturales y urbanísticos de Medellín, aunque elaborada y organizada en forma muy incompleta.

uno de los varios tratados de urbanidad publicados en la ciudad en estos años, pero el que vieron sus contemporáneos como paradigmático.² No se agotan los discursos modernizadores en estos autores: un cuadro más completo debería incluir una cuarta vertiente, la de los políticos del consenso modernizador, encabezados por Carlos E. Restrepo, quien llegó a la presidencia de la república proponiendo un movimiento que sirviera de algodón entre los dos vidrios de liberales y conservadores. Y segunda advertencia casi innecesaria: el texto, más que tratar de pintar el panorama en toda su complejidad y riqueza, esbozará solamente algunas líneas de fuerza muy simples.

Los tres discursos se traban esencialmente en la medida en que son tres líneas de desarrollo de una nueva sensibilidad social, que conduce al control de los hábitos y costumbres campesinos y su reemplazo por lo que se define como urbano. La conversión del montañero en hombre civilizado y urbano es, de un modo u otro, el objetivo de quienes estimularon estos procesos. La ciudad requiere, para su funcionamiento, una actitud de cooperación y una disciplina social que se fundamenta en la creación del espíritu cívico y se apoya en el progreso de la ciudad: la imagen de una ciudad excepcional, por sus cualidades y virtudes, tanto naturales como creadas, hace parte de esta construcción conceptual y retórica.³ En muchos sentidos, los brillantes trabajos de Norbert Elias sobre el proceso civilizatorio, que toman en cuenta ante todo el papel de las cortes y las forman aristocráticas de conducta, pueden aplicarse con mayor fuerza a la vida de las ciudades. En estas las necesidades de la sociabilidad requieren con mayor fuerza la coordinación mutua, el establecimiento de códigos comunes de conducta y la

² Además del libro de Tulio Ospina Vásquez, en 1935 Argemira Sánchez de Mejía publicó el *Libro del ciudadano*, que resultó ganador en el concurso que hizo la Sociedad de Mejoras Públicas para la elaboración de un texto escolar de cívica y urbanidad.

³ La retórica de exaltación de las cualidades y virtudes de Medellín es bastante amplia: la ciudad de la eterna primavera, la taza de plata y otras denominaciones aludieron a la imagen natural de la ciudad, a la que se atribuía belleza incomparable, a su clima y algunas virtudes de sus gentes, como la limpieza, la cordialidad, la autenticidad, su talento y su capacidad y disciplina de trabajo.

previsibilidad de la respuesta del otro. La invención misma de las formas de conducta analizadas por Elias se da ante todo en las cortes, y aunque la familia, la iglesia y la escuela son usualmente las instituciones que promueven su generalización, es la ciudad la que crea un ámbito social en el que la interacción humana se hace continua y obligada, y en el que es preciso controlar con cuidado las formas en que las propias acciones afectan la vida de los demás y prever cómo las acciones de los demás influyen sobre mi vida. La adopción de horarios y medidas para el tiempo de trabajo, el estudio o el ocio, el control de las basuras y desechos, el acceso al agua y más recientemente a otros servicios, la construcción de las viviendas teniendo en cuenta la orientación y localización de las de los demás, la definición de áreas aceptables para el desarrollo de ciertas actividades productivas, comerciales o recreativas, son situaciones en las cuales la ciudad impone una coordinación que en la vida rural era innecesaria, y que aunque pudo ser inicialmente el resultado de una coacción puramente externa, se ha convertido, en casi todas las naciones de occidente, en algo asumido interiormente por los individuos, en forma muchas veces totalmente inconsciente o inadvertida. Las mismas instituciones señaladas antes —iglesia y escuela— encuentran en la ciudad el campo adecuado para el ejercicio de sus funciones, en la medida en que la mayor densidad humana facilita la extensión de su impacto a masas cada vez mayores de personas y permite incrementar el tiempo que los niños, sobre todo, pasan en las instituciones educativas y sociales centradas en la creación de formas de conducta que ya no se basan, como las de la familia, en fuertes lazos de afecto o sentimiento o en complejas y a veces aterrorizadas interiorizaciones de la autoridad paterna, sino en la previsibilidad racional del efecto del cumplimiento de unas normas y patrones generales de conducta. El auge de los manuales impresos de cívica, cortesía, urbanidad, etiqueta, buenas maneras, buena conducta o buen tono, desde su aparición en el Renacimiento europeo, hasta los *best seller* de nuestros días, es una señal de la necesidad creciente, a medida que aumenta la vida urbana y con ello el contacto entre

grupos de personas más amplios, de generalizar unas normas ritualizadas y previsibles de conducta en toda la sociedad.⁴

Los términos mismos, adoptados en la mayoría de los idiomas occidentales para designar un comportamiento adecuado, recogen las señales de su relación con la ciudad: la palabra “urbanidad” proviene, como es sabido, del término latino para ciudad, la *urbs*: es la conducta apropiada de los habitantes de la ciudad.⁵ Aunque la palabra *cives* —de la que provienen civilización y cívico— designa originalmente a un súbdito del estado romano, su sentido incluye rápidamente el de “ciudadano”, en el que la membresía en el estado parece provenir del hecho de pertenecer a una “ciudad”: hoy, al hablar de civismo o del espíritu cívico, entendemos que nos referimos a valores que tienen que ver con el comportamiento en la ciudad. De este modo, “civilización” y “ciudadanía” se vuelven parte del mismo ámbito semántico, en el cual también se sitúan palabras derivadas de la palabra griega *polis*, que también quiere decir ciudad. De allí proviene la política, por una parte, como ciencia o actividad de gobierno del estado, pero también “policía”, término que durante la época colonial se refería al conjunto de normas del orden de la ciudad y luego se restringe al organismo encargado de mantener el orden. En inglés, los tres grupos de conceptos afines mantienen una similitud muy estrecha: *polity*, buenas maneras, *policy* y *politics*, política y *police*.⁶

⁴ Existe una extensísima bibliografía sobre los manuales de urbanidad en Europa. En Colombia, apenas comienzan a estudiarse. Véase para Colombia el artículo de Patricia Londoño (1997). “Cartillas y manuales de urbanidad y del buen tono”. *Credencial Historia*, 95, 10-13.

⁵ Que en el caso de Antioquia se contraponen muy claramente a la idea de las formas de conducta de origen rural: “montañero” es el que carece de los refinamientos de la ciudad. Aunque este es el sentido dominante de la expresión a comienzos del siglo xx se matiza su utilización, en la medida en que en una incipiente crítica de la vida urbana construye la imagen del montañero auténtico, veraz, sano y religioso frente a la capacidad simuladora, a la degeneración o a la inmoralidad del habitante urbano.

⁶ Sobre el desarrollo de estos conceptos, además de los viejos diccionarios, pueden verse: el libro de Alain Montandon (1995). *Dictionnaire raisonné de la politesse et du savoir-vivre*. París: Seuil y el artículo de Lucien Febvre (1966). “Civilisation. Evolution d’un mot et d’un group d’idées”. En *Civilisation. La mot et l’idée*, París: Centre International de Synthèse, actualizado por Emile Benveniste (1966). “Civilisation: Contribution à l’histoire du mot”. En *Problèmes de linguistique générale*. París: Gallimard. Es interesante señalar que la “cultura”, a veces contrapuesta y a veces

Los rasgos básicos del proceso de urbanización

Para percibir el contexto en el que se producen los esfuerzos de civilización aludidos, vale la pena recordar algunos datos externos que permiten evocar las magnitudes del cambio. Medellín es, en 1871, una aldea de 20.000 habitantes, que alcanza unos 65.000 habitantes en 1912 y 145.000 en 1938. Entre 1880 y 1910, mientras la ciudad pasa de unos 40.000 a 60.000 habitantes, el desarrollo físico urbano está marcado por las inversiones físicas esenciales de desarrollo urbano: instalación de energía eléctrica, teléfonos, acueducto cubierto, tranvías, taxis y automóviles,⁷ un primer parque de recreación masiva, dos grandes teatros, con capacidad total de 8.000 espectadores, la llegada próxima del tren. Inversiones sociales: barrios para obreros cuidadosamente diseñados, apertura de los grandes colegios de educación secundaria, controlados en su mayoría por órdenes religiosas recién importadas de Europa, sistema escolar que lleva a la alfabetización casi total de la población, manicomio, matadero y plaza de ferias, hospital San Vicente de Paúl, y de Bellas Artes y de Agricultura. Cambios en usos y costumbres: las mujeres salen a las calles, las escuelas de comercio enseñan a futuras empleadas y dependientes y en las fábricas las mujeres constituyen la mayoría de la mano de obra. Se refinan los mecanismos de control, organización y pensamiento urbanos: el concejo municipal ve reforzados sus trabajos y esfuerzos con la actividad de la SMP y, finalmente, en 1913 y después de veinte años de vacilaciones, con la adopción de un Plano de la Ciudad Futura con funciones reguladoras. Son los años de fundación de las principales industrias: textiles, cervezas, gaseosas, chocolates, galletas, fundiciones metálicas, empaques. Surgen periódicos diarios y en el terreno literario la situación es casi delirante: revistas, imprentas, miles de cuentos y centenares de novelas

identificada con la “civilización”, y a cuyo ámbito semántico pertenece la idea de la persona que se comporta bien o “cultura”, alude a la actividad agrícola: la cultura es lo que produce el cultivo de la naturaleza, incluyendo la propia naturaleza humana. Cortesía proviene, como es evidente, de la “corte” real o nobiliaria del siglo xvii y xviii (véase *Diccionario de autoridades* y *Diccionario etimológico* de Corominas).

⁷ Carrasquilla se refiere en 1913 a “esta automovilística aguda que nos acomete actualmente a los medellinitas” (1991, p. 195).

dejan una imagen de lo que está ocurriendo, pues, contra la idea usual, la gran mayoría de los literatos hacen literatura y en especial novela urbana.

Hacia la ciudad moderna

La idea de que Medellín puede, a pesar de su carácter secundario y periférico, volverse una ciudad moderna parece surgir hacia 1880 y afianzarse rápidamente, en medio de reiteradas llamadas al “progreso” y la “civilización”. La modernización requiere el esfuerzo colectivo, que en la etapa inicial puede verse como político. En efecto, los principales impulsores del progreso urbano, como los que en 1899 fundaron la SMP, eran personajes como Carlos E. Restrepo, Pedro Nel Ospina y otros que no desdeñaban el ejercicio de la política ni los altos cargos. Pero pronto se fue imponiendo la idea de que el progreso urbano dependía ante todo del apoyo de ciudadanos notables, de un patriciado que era más confiable mientras menos tuviera que ver con la política: “El concejo debe estar compuesto de ingenieros, médicos, hombres de negocios, abogados, arquitectos, industriales. No se ve qué papel pueda hacer un político en un concejo municipal” dictamina en 1930 Ricardo Olano (Botero, 1996). En 1917 había visto esto como un trabajo mancomunado del Concejo y la SMP, que ya había avanzado mucho y que podía, si continuaba, hacer que en diez años Medellín llegara “a tener la hermosura y las comodidades de una ciudad moderna”. Central en este proceso es la educación de la población. En 1924 el presidente de la Sociedad de Mejoras y expresidente de Colombia, Restrepo, asegura que la SMP ha logrado crear “esas virtudes de civismo, cooperación y solidaridad, que vivieron tan lejos de nuestro lenguaje y de nuestras obras. Nos ha enseñado a servir, que es aplicar a las relaciones civiles esta virtud evangélica que las encierra todas: caridad” (Botero, 1996, p. 42). Para 1938 la sociedad se sentía muy satisfecha en este campo y creía haber logrado:

la difusión del espíritu público [...] la conciencia de la ciudad, el afán de embellecerla y hacerla amable y grata para la vida se va extendiendo por todas las

capas sociales. La palabra civismo en la boca y en la mente de un obrero tiene un valor extraordinario (Botero, 1996, s. p.).

Dos elementos vale la pena destacar en el contexto de este argumento: uno de ellos es que el ideal de ciudad promovido incluyó siempre, como un elemento central, el impulso cultural y educativo. Aunque las inversiones globales principales se hicieron en infraestructura vial y productiva, la proporción del gasto asignado a obras como el Bosque de la Independencia, el Instituto de Bellas Artes, donde el pueblo aprendería música clásica y pintura, y el Teatro Municipal, fueron más elevados que en prácticamente ningún otro periodo: la ciudad, creían, debía ser “un centro de cultura social y escuela de buen gusto”.

El segundo punto fue el establecimiento del Plano de Medellín Futuro, con el cual la municipalidad pretendió, desde 1913, y después de más de dos décadas de debates, regular el crecimiento físico de la ciudad. A pesar del cumplimiento muy parcial de sus normas y de la frecuente modificación, para compensar su rápida desactualización y también ceder a presiones de sectores privados, estuvo en la base de un desarrollo relativamente ordenado de la ciudad hasta 1930.

Educando las masas

La educación para la vida urbana incluye varias orientaciones y sectores. Menciono, sin detenerme en ello, la gran importancia que tuvo en la ciudad la conformación de un sector de ingenieros y administradores, educados en buena parte en la Escuela Nacional de Minas, y que tuvieron gran influencia en la cultura de instituciones como las Empresas de Servicios Públicos y algunos sectores industriales y políticos. Menciono también el fuerte impulso a la educación artesanal, empujado tanto por entidades externas como por los gremios mismos de artesanos. Ambos procesos han sido analizados con bastante detención por Alberto Mayor. Quiero, simplemente, tomar como un ejemplo de este esfuerzo educativo el impulso a la urbanidad misma, a la educación expresamente orientada a la vida en comunidad.

Como lo recuerda Patricia Londoño, desde mediados del siglo XIX las clases altas colombianas, cada día más ricas y con mayores vínculos comerciales con Europa, mostraron preocupación por mejorar sus modales, lo que se tradujo en la popularidad de los manuales de urbanidad. Aunque desde 1836 había aparecido el primer manual escrito en Colombia, el auge de estos textos se produce en la década de 1850. En 1854 el venezolano Manuel Antonio Carreño publicó el suyo, que sería el más exitoso de todos y se sigue editando, con actualizaciones hasta la fecha; y en 1858 Florentino González, procurador general de la nación, traduce y adapta —aunque muy levemente— el *Manual du savoir-vivre*, de Alfred Meilheurat. Con estos manuales, y otros disponibles, intentaron los dirigentes antioqueños iniciar la educación de unas gentes que se destacaban por “duros e incultos”.⁸ En Medellín, el exgobernador Pedro Justo Berrío, quien epitomiza el esfuerzo por someter a los antioqueños a las reglas de la religión, la decencia y el conservatismo, da él mismo, como rector de la Universidad de Antioquia, las clases de Urbanidad, asignatura que se difunde aceleradamente en escuelas y colegios durante el resto del siglo.

Este afán de educación se inscribe dentro de un proceso del cual es posible identificar dos elementos. Uno, el más obvio, es el de la preocupación de los grupos dirigentes por civilizar una población arisca y penderciera. Otro, entabado en formas más complejas, tiene que ver con el desarrollo de una conciencia muy precisa de la ubicación social propia y ajena. Los nuevos discursos de diferenciación social se apoyan, sin duda, en la continuidad de clasificaciones y percepciones ya vigentes de la época colonial; pero es la ciudad la que obliga a redefinir la propia localización en una jerarquía social compleja. Así como a finales del siglo XVIII la mayor movilidad de los mestizos llevó a una conciencia mayor de las diferencias étnicas, y a una proliferación de las medidas discriminatorias y de pleitos para hacer valer el respeto debido, la amplia movilidad

⁸ La expresión, citada por Patricia Londoño en “Cartillas y manuales de urbanidad y del buen tono”, es de Manuel Uribe Ángel.

de finales de siglo está detrás de las sutilezas de posición que se expresan con tanta abundancia en la obra de Carrasquilla y los demás novelistas. Los términos coloniales siguen vigentes, y una de las líneas de diferenciación, de mayor fuerza, es la que distingue a los negros y zambos de la población blanca. “Zambiar” es la forma mayor de ofensa social, consistente en tratar a otro como de un grupo social inferior: Ligia Cruz, que viene de Remedios y se siente, como ahijada de los ricos de Medellín, igual a ellos, debe sufrir todos los esfuerzos de su madrina por zambiarla y mostrar que no puede alternar con sus elegantes hijas. El término no dura más allá de los años treinta, cuando recupera su sentido más denotativo y neutral: es el término de negro el que a partir de estos años adquiere el carácter de base discriminatoria; a uno ahora lo negrean. En este mapa, los mestizos, que todavía en el censo de 1912 forman la mayoría de la población de la ciudad, parecen desaparecer. Lo que ocurre es que el mestizo, a medida que la fortuna o la educación lo llevan al éxito, entra al grupo social blanco. Existe para las estadísticas, pero para la conciencia racial existen solo negros y zambos, por un lado, y blancos por el otro. Sin embargo, no es este el único tema de división: a él se sobreponen las diferencias no definidas como étnicas (aunque se traslapen con estas): el pueblo y la gente bien, los artesanos y los cachacos. Artesanos y pueblo son probablemente zambos y negros, pero esta relación es más probabilística que apodíctica. El ascenso del artesano blanco no tropieza con barreras importantes y se hace ante todo mediante la educación.⁹ Y el tema alrededor del cual se desarrolla buena parte del discurso civilizador es el de la separación entre el hombre del campo y el de la ciudad, entre el montañero y la gente cultivada.

No es exagerado decir que la obra urbana de Carrasquilla es esencialmente un análisis de las diferencia-

⁹ El ascenso de las Adarves lo narra Carrasquilla con todo y moraleja: “Ai tengo las dos nietas de colegialas, de media y zapato y rompiendo lujo; y pienso mandalas al mejor colegio de la Villa, pa que aprendan la parte educativa y vengan a enseñales orgullo a las ricachonas de aquí”... Años después, en Medellín nuevo, “una casa hermosa y confortable. Es el nido de los Adarves; de los Adarves, que están muy bien recibidos y mejor emparentados; que aquí, como en todas partes, es el trabajo honrado la más esclarecida ejecutoria” (Carrasquilla, 1958, pp. 620-622).

ciones sociales, de la separación entre campesinos y ciudadanos, entre zambos y blancos, entre quienes dominan las formas del comportamiento urbano y quienes actúan con vulgaridad o cursilería. En unas cuantas páginas, y tomo los ejemplos exclusivamente de Ligia Cruz (Carrasquilla, 1926), se encuentra la más amplia gama de expresiones: en un párrafo que describe una fiesta, la serie adjetiva nos habla de “sonrisas de buen tono... genuflexiones elegantes... tiesura cortesana... estiramientos imprevistos... foco de grandeza... los ñoes se sienten dones; el montañero, un Petronio consumado... Que filosófico es el culto de la religión de la elegancia...” (s. p.). El personaje principal es descrito por las preciosas urbanas con una variedad de epítetos: “montuna, hija de unos zambos mineros... Zambita más pretenciosa y antipática”, “horrible, espantosa, era el capote de la gente remediana” “ese animal de monte”, “esas familiaridades tan vulgares de los pueblos”.

Sin embargo, en Carrasquilla el contraste entre elegantes y pueblo es irónico, y subraya la inautenticidad de los elegantes.

Doña Ernesta... es de la nobleza azul y requintada, originaria de la ciudad heráldica de Antioquia; pero como en su casa nunca tuvieron un hediondo peso, hubo de conformarse con atrapar, todavía joven y no mal parecida, al remediano acomodado... Al crecer sus hijos, al verlos actuar en sociedad con lo más rico y significativo, fue el vértigo... contado era el cristiano al que no tuviera por “jalapa”, “mañe”, o “fatalidad”. Pertenecía, naturalmente, al Club Noel, a la Sala Cuna y a otras instituciones de virtud elegante y distinguida. Sus tés religiosos, con motivo de algún consejo de cofradía, eran a pura plata labrada y bombón europeo (s. p.).

Con ella contrasta el empresario rico pero sencillo:

Es don Silvestre, magnate de mucho fuste entre la gran plutocracia. Como se sabe, es oriundo de Remedios, muy fuerte en minería y en comercio, algo fue en rezos, y muchísimo en tute y en tresillo. Gasta en extremo con su familia, pero se burla del tono y elegancia de su mujer y de sus hijos. Aunque ha viajado,

no ha cogido nunca finura europea. Sin ser sabido ni leído, tiene mucho conocimiento de la vida, muy buen sentido crítico y, por ende, mucha indulgencia y amplitud (s. p.).

Por eso, frente a la remediana pobre y deseosa de ascenso social, ve la igualdad con su esposa y sus hijas:

La conozco mejor que nadie; es boba, presuntuosa, coqueta y embustera: ¡como muchas de ustedes! ¡Solo que ustedes están preparadas en salsa y en bandeja de plata, y mi ahijada está cruda y en batea! Apenas la guisen y la sirvan, bien presentada, queda igual a muchas, casi a todas. Cambiarle el vestido de pueblo y ponerla bonita es cuestión de un día (s. p.).

Aunque su esposa protesta —“yo nunca he sido montañera, ni fea ni mañe”— don Silvestre decide convertir a la ilusa Ligia Cruz en una dama, y su Pigmalión es una costurera local, llena de inteligencia y buen sentido, que queda encargada de enseñarle “todas las paradas de una muchacha filática”. La niña aprende todo, hasta hablar en bogotano, y triunfa en el gran baile: es un triunfo falso, pues simplemente se ha convertido en otra cursi, como las que la rechazaban.

La voz de Carrasquilla, en estas novelas llenas de complejos movimientos sociales, afirma finalmente la apertura al ascenso basado en el talento, el éxito y las virtudes personales:

Si los negros triunfan, vivan los negros.

[...]

Porque la educación social no es privativa de clases determinadas; se ven pulidos entre las gentes sencillas, y groserotas de cargazón entre “el buen tono”. Las apariencias y los protocolos urbanos, sin la cultura del alma, sin la aristocracia del temperamento, solo producen esa desproporción risible que se llama cursilería, y que muchos confunden con la vulgaridad franca, que no pretende nada. Lo cursi cabe más en los ricos y entonados que en cualesquiera otros grupos; más en la ciudad que en la aldea... y perdónese este paréntesis, en obsequio de la caridad (s. p.).

Cuando aparecen los Cruz son modelo de afecto, autenticidad, sinceridad, honradez, trabajo: las verdaderas virtudes de la cultura antioqueña. “Es gente pobre, pero muy respetable, muy formal, muy gente...”.

Este discurso es relativamente extendido en el paso del siglo. Casi todos los novelistas parecen compartirlo: en ellos la elegancia, el afán de ascenso social se identifica con la ridiculez y casi siempre son algunas damas preciosas las que llevan a esposos o hijos a la catástrofe por el afán de aparentar. Paralelamente, el discurso social, el de los educadores y dirigentes sociales, subraya también las posibilidades de ascenso, pero sujetas al desarrollo de las virtudes propias del trabajo, la disciplina y el sometimiento a las normas sociales. El triunfo está al alcance de todos, siempre que no identifiquen ese triunfo con la adopción de una filosofía del lujo y la ostentación y que no abandonen los valores tradicionales de la familia, el trabajo y la religión.¹⁰ Y por ello se vuelve tan importante la urbanidad: ante la perspectiva de debilitamiento de las distancias étnicas y familiares, aceptada por este progresismo tan tradicionalista, hay que reconstruir un mundo digno de trato, el mundo de la gente educada.

El manual de urbanidad debe adecuarse a este contexto: debe ser base para una nueva diferenciación, más que simple confirmación de distinciones naturales, y sus normas deben cobijar a ricos y pobres. El de Florentino González, aunque fue publicado en Medellín en 1883, resulta demasiado elegante e incongruente. Aunque no he encontrado textos que señalen cómo se reaccionó localmente a sus enseñanzas, era extraordinariamente restrictivo: en su breve texto subraya la relación con príncipes y duquesas, el comportamiento en los salones, el buen tono, la sociedad escogida, la distinción en la ropa. “Se reconoce a un hombre distinguido en lo fino de su ropa blanca...”. “La mujer casada puede llevar un collar de diamantes”. Carreño, en su forma

¹⁰ El dominio del *savoir vivre* incluye, por supuesto, el manejo del comedor y la cocina. En 1907 en Medellín se publica —por la Librería de Carlos E. Restrepo— un tratado de cocina, de Elisa Fernández, y luego siguen apareciendo. El de Sofía Ospina Pérez, hija de don Tulio Ospina Vásquez, ha tenido y sigue teniendo rápidas reediciones.

inicial, resultaba también excesivamente formalista y ceremonioso, aunque menos aristocratizante que el francés. Por su parte el *Protocolo*, escrito por Ospina Vásquez, pretende cubrir mejor el campo local y responder a la visión que tiene la sociedad antioqueña. En su opinión, la urbanidad y el buen tono son simple expresión de sentimientos innatos en la humanidad, modificada por las costumbres de la cortesanía: esta, que es variable, evoluciona, pero en el sentido de “suprimir las prácticas complicadas y presuntuosas”. Esto es aún más cierto en Hispanoamérica, donde varios factores hacen que el formalismo ceda a la sencillez: un factor esencial es, en su opinión —y esto coincide con la visión que tienen los dirigentes antioqueños de su región— la “ausencia de una clase rentista y desocupada, cuya primera preocupación suele ser refinar la etiqueta” (Ospina, 1941, p. iv). Pero, aunque las clases sociales superiores han dominado una cortesanía simple y adecuada, las “clases populares, descendientes en gran parte de indios y negros, cuyos abuelos eran salvajes hace apenas dos o tres siglos, se hallan atrasadísimas en materia de cultura: motivo poderoso para que nos esforcemos en educarlas”. Por ello, la obra está dedicada ante todo “a quienes se han elevado a posiciones que requieren más cultura y urbanidad de las que correspondía al medio en que se criaron” (Ospina, 1941, p. iv y v).

Este modelo del proceso de educación de las masas no fue el único, pero el grupo dominante, y en este hay que incluir a quienes como Tomás Carrasquilla aprueban un modelo de cortesanía burgués y sin excesos, imitable por todos más bien que diferenciador. Por supuesto, la contradicción es inevitable: el buen tono no se advierte sino por la tendencia a singularizarse, y es fácil encontrar en el *Protocolo hispanoamericano* elementos aristocratizantes y discriminatorios. Pero mientras dominan el orden, la religión y el partido conservador, los dirigentes antioqueños no se inquietan por cierto progresismo social, y sus grupos dominantes tratan de moverse en un camino intermedio: catolicismo, pero sin fanatismo. Restrepo insiste en la Sociedad de San Vicente de Paúl: hay que dar las ayudas sin condicio-

nes de creencias, evitar el sectarismo. Y el proyecto social trata de incluir a los liberales: es el republicanismo en política, el civismo, el impulso a la educación. Por supuesto, y justamente en la medida en que trata de incorporar masivamente la fuerza del catolicismo para disciplinar a los obreros, compite con intentos integristas que no puede impedir, y que se van a imponer cuando el sistema político nacional, al moverse en sentido liberal y radical, amenace las bases del poder local: entonces el republicanismo perderá todo poder, y entrará a predominar una estrategia conservadora y más estrechamente paternalista. Pero esto corresponde, esencialmente, al periodo posterior a 1930.

Los mundos de la literatura

A mediados del siglo XIX las descripciones de Medellín subrayan su hostilidad a todo lo que suene a cultura: según Saffray, lo único que importa allí es el dinero, que borra todas las diferencias y todos los pecados. Según Emiro Kastos, es imposible sacar a la gente de su obsesión por hacer fortuna; y el poeta local, Gregorio Gutiérrez González, escribe sus amargos versos en los que la censura a la obsesión crematística local se apoya en la leyenda racista del judaísmo antioqueño:

Y en esa tierra encantadora habita la raza infame, de
su Dios maldita

Raza de mercaderes que especula
con todo y sobre todo. Raza impía
Por cuyas venas sin calor circula
La sangre vil de la nación judía,
Y pesos sobre pesos acumula
El precio de su honor, su mercancía
Y como solo al interés se atiende
Todo se compra allí, todo se vende.¹¹

Con estos antecedentes, resulta sorprendente la valoración que los grupos dirigentes comienzan a dar a las letras hacia 1870 y que se va acentuando hasta el nuevo siglo. Proliferan las tertulias literarias, a las que

¹¹ El texto hace parte del cuento “Felipe”, reproducido parcialmente en Naranjo (1995, p. 49).

van jóvenes de ambos sexos, comerciantes y tenderos y, como lo narra burlonamente Camilo Botero Guerra, en 1884 se da una monstruosa incubación de poetas, que lleva a la proliferación de periódicos y revistas literarias (Botero, citado en Naranjo, 1995).¹² Aunque la primera novela local apenas se publica en 1887, para finales de la década siguiente una revista literaria, *La Miscelánea*, convoca a un concurso al cual se presentan 57 novelas, que se añaden a las doce o quince que alcanzan la difusión de la imprenta. Todos escriben en las revistas de la última década de siglo —y esta ciudad de 40.000 habitantes ve la publicación simultánea de cuatro o cinco revistas literarias mensuales—; los principales orientadores de la opinión política, los dueños de las empresas de energía y teléfonos, los empresarios profesores y periodistas ensayan su capacidad para el cuento y la poesía. Recordemos simplemente que Carlos E. Restrepo y Pedro Nel Ospina, que llegarían a la presidencia de la república, son redactores de revistas literarias.

Hasta 1890 lo que se publica es narración costumbrista y lugareña, con mucho énfasis en lo propio y limitada elaboración formal. La primera novela urbana de éxito es la obra de Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, publicada en 1896; no solo subraya los rasgos de la ciudad sino las formas cuasidialectales del idioma, con más radicalismo que Gutiérrez González, quien veinte años antes decía no escribir español sino antioqueño.

Después de 1900 se añade a la figura dominante de Carrasquilla, quien regirá el Olimpo literario local hasta 1940, un grupo de escritores con interés en la psicología contradictoria de personajes urbanos, encabezados por Efe Gómez, Gabriel Latorre, Lucrecio Vélez y Alfonso Castro, y en algunos casos un esfuerzo por incorporar las formas y temas del modernismo, mientras que Francisco de Paula Rendón y Eduardo Zuleta, como el

¹² Tanto Efe Gómez como Carrasquilla aludieron a la misma avalancha literaria; en “Domingo P. M.”, un personaje dice: “Aquí todos quieren ser artistas, ya no hay quién cargue la herramienta”; frase que retoma Carrasquilla en una carta de 1906: “Aquí ya no hay quien cargue la herramienta; todos somos genios y almas enfermas” (Carrasquilla, 1955, p. 769).

mismo Carrasquilla, harán la novela de las zonas mineras de Antioquia.¹³

En los años finales de siglo y la primera década del xx la literatura tiene una alta valoración social. Para los escritores es la oportunidad de realidad más alta que la vida misma, es origen de significación de la vida. Los escritores no tienen vergüenza social, no se sienten en una ciudad que evalúa continuamente la jerarquía social y localización de cada persona en ella. Sin embargo, nunca los escritores dejaron el tópico de la incompreensión por un medio entregado a los afanes pecuniaros, aunque este lugar común perdió intensidad entre 1870 y 1915. Pero a partir de este año se esboza una ruptura muy fuerte entre el creador y su medio: para los escritores, en la Villa de la Candelaria se da una “peculiar inopia en los cerebros”. Efe Gómez, León de Greiff y Fernando González expresan con mayor virulencia el rechazo a esta sociedad de “tanto almacén enorme, tanta industria novísima”, a los burgueses ventripotentes del marco de la plaza. Carrasquilla, en sus obras iniciales, rechaza la simulación y el arribismo, pero comparte el optimismo del progreso. Los que vienen rechazan el becerro de oro y elogian la contemplación, el ver fugarse los crepúsculos. Los recursos para revistas, el aprecio del arte como creación decaen y empieza a subordinarse a la vida social: es recreación y adorno. La ciudad filistea triunfa. Durante los treinta y los cuarenta los escritores y artistas pasan a segundo plano; el control del proceso urbanizador por una visión integral de la ciudad se debilita y se afirma el predominio de la visión del progreso como desarrollo físico y productivo.

Así, la trabazón de los discursos modernizadores y educadores comenzó a verse en dificultades, pues dentro de cada uno de ellos comenzaron procesos de diferenciación y contradicción. Los dirigentes y orientadores de los procesos urbanos abandonaron gradualmente la preocupación por la transformación cultural y el dis-

¹³ Es sorprendente, y un índice del desarrollo de formas de sensibilidad muy típicamente urbanas, la frecuencia del tópico del suicidio y de la drogadicción en las narraciones de los primeros años del siglo. En las que fueron seleccionadas por Jorge Alberto Naranjo el tema abunda.

curso del desarrollo como infraestructura física se hizo dominante. En el campo político, el dominio del consenso republicano fue reemplazado por la contraposición entre la visión plebeya asumida por los sectores populares liberales y un reforzado autoritarismo conservador, que volvió a ver a las clases populares como sujeto de represión y manipulación religiosa más bien que de educación. Y la literatura se fue convirtiendo en la ocupación de minorías, bohemias o profesionales, pero marginales en el manejo y orientación de la ciudad. El proyecto modernizador se disgregó, pero su impulso se mantuvo, así como los mitos sociales que se construyeron para alimentarlo, en particular el recuerdo de la historia regional como historia de consenso. Si nos preguntáramos, para terminar esta exposición, por los factores que condujeron a las dificultades que se hicieron evidentes a partir de 1960, no sería excesivo sugerir que algo tuvieron que ver con la continuidad y el éxito externo de un tipo de modernización que había perdido los rasgos que ahora solo la memoria mítica reivindicaba.

Referencias

- Botero, C. (1995). Furor poético. En J. A. Naranjo (Comp.), *Antología del temprano relato antioqueño*. Medellín: Colección Autores Antioqueños.
- Botero, F. (1996). *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Carrasquilla, T. (1926). *Ligia Cruz*. Bogotá: Ediciones Colombia.
- Carrasquilla, T. (1955). *Obras completas*. Medellín: Bedout.
- Carrasquilla, T. (1991). Los autos. En *Acuarelas y discos cortos*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños.
- Naranjo, J. A. (Comp.) (1995). *Antología del temprano relato antioqueño*. Medellín: Colección Autores Antioqueños.

Ospina, T. (1941). *Protocolo hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono*. Medellín: Bedout.

Al entrar profundamente en el cuerpo usted ha trascendido el cuerpo

Acepte, después actúe